

RENOVACIÓN

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN NACIONAL DE JUVENTUDES SOCIALISTAS
ADHERIDO A LA TERCERA INTERNACIONAL

CONDICIONES DE VENTA

Paquete de 25 ejemplares, 2,25 pesetas

Número suelto, DIEZ CÉNTIMOS

Segunda época

Madrid, 3 de abril de 1920

Número 14

Director,

R. MERINO GRACIA

Administrador,

TIBURCIO PICO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Carranza, 20, primero

APARTADO NÚMERO 604

LA PRIMERA BATALLA

Lo que significa nuestra actitud.

Nuestro número anterior de **RENOVACIÓN** ha tenido la virtud de provocar apasionados comentarios. Los esperábamos, y creemos que aún llegaremos a suscitar mayores discusiones sobre ideología, táctica y personas. El Comité nacional de la Federación de Juventudes se ha trazado serenamente, pero con la energía y decisión que las circunstancias exigen a todos, su plan de actuación política y revolucionaria, que iremos desarrollando dentro de nuestras fuerzas.

Hay un hecho concreto, sobre el cual pocos compañeros han fijado debidamente su atención. Las Juventudes Socialistas españolas acordaron en su pasado Congreso de diciembre, *con absoluta unanimidad*, ingresar en la Internacional Comunista. Al sostener nosotros esta lucha contra el reformismo oportunista de nuestro Partido, al combatir a sus hombres representativos como enemigos encubiertos de la actuación revolucionaria que nuestros tiempos demandan; al oponer a toda la vieja y fracasada táctica democrática la nueva y vigorosa lucha del proletariado para la conquista del Poder político, no hacemos sino cumplir nuestro deber; nuestra única falta es no saber llenarlo con la inteligencia que tan gran misión requiere. Pero si es voluntad, si es anhelo revolucionario, si es acatamiento incondicional a su programa e inspiraciones lo que la Tercera Internacional exige a sus adheridos, desde ahora declaramos que estamos dispuestos a poner todo nuestro esfuerzo al servicio de la causa revolucionaria y comunista y a combatir a todos aquellos que pretendan llevar la confusión al espíritu de la clase obrera, que se declaren por la Tercera Internacional, y en la lucha sigan procedimientos conservadores y antirrevolucionarios; a todos aquellos socialistas que, aun siendo muy amigos de Rusia, cuando llega el caso concreto de conducirse en nuestro país con arreglo a las normas de Moscú, dicen que España no se halla en el caso de Rusia, que la realidad social de aquí es distinta, que no hay que traducir atropelladamente del ruso; en fin, cuantos pretextos sirven a la cobardía disfrazada de prudencia, y a la ineptitud con el falso ropaje pedante de la suficiencia y de la eficacia; a todos esos prestigiosos compañeros inteligentes, sensatos y enemigos de la revolución obrera, los combatiremos duramente. Esto es lo primero que debemos hacer para llevar a los cerebros obreros ideas claras y precisas sobre la lucha revolucionaria en el actual período de descomposición de la sociedad burguesa.

Quien haya leído las proclamas, artículos y manifiestos de la Tercera Internacional, y sepa que en España la única entidad adherida a ella es la Federación de Juventudes, comprenderá claramente nuestra actitud. Obrar de otro modo

sería en nosotros de una inconsciencia lamentable o de una falsía precoz.

La labor más urgente.

En España no ha habido en estos últimos tiempos una izquierda socialista que mereciese dicho nombre. Algunos tímidos tanteos, que más iban contra personal exclusivamente que contra la ideología de la derecha democrática, no merecen ser tenidos en cuenta. La guerra europea y la

presentan un peso, un lastre que dificulta la marcha. No es esto exclusivo de España. Ha sucedido lo propio en otros países. Europa entera atraviesa la misma crisis. La labor más urgente es dividir las fuerzas socialistas y obreras según la posición que tomen frente a la Tercera Internacional, que es tanto como decir frente a la Revolución rusa.

Las fuerzas socialistas españolas, forzosamente, han de separarse en dos grandes núcleos de ideología y táctica: la derecha, que creemos será el menos numeroso, y los comunistas, que formarán la única fuerza revolucionaria española y la que mejor recoja la idealidad de las muchedumbres proletarias. No creemos que en España haya un núcleo con papel análogo al de los independientes de Alemania, o sea el centro socialista. Por nuestra parte, con la misma energía y tesón lucharemos contra unos que contra otros. Quien no está con el comunismo revolucionario, está contra él. Y no se diga, como nos ha insinuado algún compañero, que a las ideas antepone su amistad y cariño a las personas, y a quien quizá no agrada la perspectiva de una lucha violenta en el seno del Partido, que nosotros hacemos una campaña personal. Combatimos una ideología falsa y funesta para el proletariado, y a los hombres representativos de la misma que utilizan, como es natural, su prestigio e influencia personales para combatir, más o menos abiertamente, nuestros criterios y nuestras convicciones. No creemos en el revisionismo de muchos compañeros, que, honrados y buenos en el sentido corriente de las palabras, son inferiores hoy al estado de avance y consciencia de las masas obreras; cuando éstas, llenas de fe ardiente en su destino social, alentadas e instruidas por el ejemplo de Rusia, ponen su voluntad en imitar aquella grandiosa Revolución, nuestros hombres directores oponen reparos y distinguos, y, no sin repugnancia, tienen que doblegar su vieja ideología, llena de aparente realismo, a esta fuerte corriente de idealidad, cimentada en el ejemplo concreto y tangible de un proletariado hermano que ya es dueño de sus destinos.

Pensemos en esos miles de campesinos andaluces, atropellados y perseguidos, sin alimentación y sin vestido; pensemos en el proletariado industrial de las minas y fábricas; veamos sus anhelos de hoy, que no se cifran ya en la mejora de jornal ni en la disminución de la jornada de trabajo, y vengamos todos en que la Historia ha abierto un abismo entre la lucha de ayer y la de hoy, entre unos procedimientos y otros, entre una táctica que muere y otra que nace. Ahondar ese abismo y enterrar por inútiles los viejos oportunismos llamando al proletariado a la acción decisiva: a eso aspiramos los jóvenes. La sociedad capitalista está en la crisis definitiva que ha de matarla. ¿Qué Socialismo representa y

EL MILITARISMO ALEMÁN



Los aliados (al obrero alemán): «No matarás.»

Revolución rusa sorprendieron a nuestro Partido en una *encefalitis letárgica*, de la que no ha salido aún.

Si la Revolución rusa y las demás revoluciones sociales no hubiesen estallado, nuestro Partido hubiera sido, al final de la guerra, mucho más insignificante que antes del conflicto. Afortunadamente, las agitaciones sociales de Europa hicieron en España la propaganda revolucionaria que nunca hizo nuestra organización. Y aun ahora, el Comité nacional va a remolque y de mala gana detrás de la opinión de las masas. Re-

trial de las minas y fábricas; veamos sus anhelos de hoy, que no se cifran ya en la mejora de jornal ni en la disminución de la jornada de trabajo, y vengamos todos en que la Historia ha abierto un abismo entre la lucha de ayer y la de hoy, entre unos procedimientos y otros, entre una táctica que muere y otra que nace. Ahondar ese abismo y enterrar por inútiles los viejos oportunismos llamando al proletariado a la acción decisiva: a eso aspiramos los jóvenes. La sociedad capitalista está en la crisis definitiva que ha de matarla. ¿Qué Socialismo representa y

es la fuerza revolucionaria? Ante nosotros tenemos Alemania y Rusia. Las dos tácticas y las dos ideologías han triunfado y conquistado el Poder. La oportunista y democrática en Alemania; la comunista y revolucionaria de dictadura y Consejos obreros en Rusia.

Las masas obreras y socialistas decidirán cuál de las dos prefieren.

La ideología sindicalista.

Otra de las intensas campañas que tenemos que emprender es la de combatir, tenaz y ruidosamente, la fracasada ideología sindicalista. Reconocemos un poderoso espíritu revolucionario en esa idealidad; pero es incapaz, por su propia y voluntaria limitación, para apoderarse del Poder político y organizar la nueva sociedad. Constituye el polo opuesto al Socialismo parlamentario, y carece también de las enormes ventajas que pueden obtenerse de la lucha política revolucionaria de clases. Si de la Historia podemos sacar enseñanzas, la de estos últimos años nos dice claramente que la Revolución social no es obra de los Sindicatos obreros, como tales Sindicatos de lucha económica, sino de un Partido Socialista revolucionario que aspire a implantar la nueva sociedad y a satisfacer los anhelos de las clases obreras y campesinas. Si los sindicalistas se oponen al Estado proletario dictatorial y político, no podemos sino combatirlos. Pero creemos que las masas obreras, tengan la denominación que tengan, seguirán sin vacilaciones a la ideología y a los hombres que hagan suyo el programa de la Revolución comunista rusa. Muchos sindicalistas aceptarían, probablemente, estos puntos de vista, y de esa inteligencia podría sa-

lir una fuerza proletaria temible, capaz de grandes destinos.

Lo que no podemos admitir. — La primera batalla.

Sería muy posible que nuestro Partido acordase en el próximo referéndum adherirse a la Tercera Internacional. Estamos convencidos que esa solución, que hace poco tiempo hubiera sido acaso aceptable, sería hoy inadmisiblemente. Solamente en el caso de que el ingreso en la Internacional Comunista fuese seguido de la dimisión de aquellos compañeros de la Comisión ejecutiva cuyas simpatías hacia la Segunda son inevitables, podríamos considerar que dicha solución no era una farsa. Pero nosotros, que nos hemos impuesto la misión de despertar a nuestro Partido a la realidad social y revolucionaria de nuestros tiempos, no admitiremos nunca el equívoco con que soñaron muchos de adherirse a la Tercera y actuar en el falso terreno democrático y oportunista de la Segunda. Jamás admitiremos confusionismos ni habilidades posibilistas. Hoy la política nacional está regida en absoluto por las condiciones internacionales. Los partidos obreros miran a Rusia para que los guíe e ilumine. Y los comunistas rusos, ardientes revolucionarios y gloriosos apóstoles de un nuevo evangelio, a nadie niegan su apoyo; pero exigen a los creyentes fe grande y confianza, adhesión firme y ardor combativo.

Nosotros los jóvenes, que amamos a Rusia, no podemos vacilar un momento más. Estamos incondicionalmente a su lado, dispuestos a la lucha y al sacrificio. Sentimos la grandeza del actual

movimiento histórico, y seríamos cobardes e indignos de vivirlo si no le diéramos todo nuestro esfuerzo, toda nuestra inteligencia, todo nuestro valor.

Que aquellos que temen y vacilan se aparten de nosotros. Preferimos enemigos declarados a amigos vacilantes.

Por eso, esta nuestra primera batalla en pro de la Tercera Internacional va contra los dudosos y encubiertos, contra todos los socialistas que predican concordia, unidad y armonía, en perjuicio de los ideales y de la revolución. La unidad espiritual de nuestro Partido Socialista es una ficción, y si fuese real, sería una vergüenza. No, hay dos Partidos Socialistas. Nuestro caso es el de Francia. Nuestro viejo Partido Socialista, con su cansada y pasiva táctica, agoniza.

Nunca estaremos los jóvenes con los Noske, Scheidemann, Brauning, Troelstra, Thomas, Henderson, Besteiro, Largo Caballero, Fabra Ribas, etcétera; contra todos ellos lucharemos siempre. ¿Cómo vamos a olvidar las persecuciones de Noske a las juventudes socialistas alemanas? ¿Se ha olvidado ya el asesinato de Rosa Luxemburgo y de Liebknecht? ¿Es digno celebrar veladas a la memoria de estos dos mártires del Socialismo e ir luego a Rotterdam a parlamentar con sus verdugos, como ha hecho nuestro Partido? Hasta tal punto nos repugna este contubernio, que nos es grato diferenciarnos con el calificativo de *comunistas* de los hombres y de la táctica de la Internacional amarilla.

Con Lenin y con Trotsky, con Bela-Kun y Zinowief, con Serrati y Lorient, con los comunistas alemanes, ¡siempre! Con los *reconstructores* y renegados de la Segunda, ¡jamás!

La revolución alemana

Espartaco vuelve a luchar

El régimen llamado socialista de Alemania, plasmado con arreglo a las nuevas teorías democráticasocialistas de Kautsky, ha estado a punto de perecer a consecuencia de un golpe de Estado militarista. Para nadie que conociera un poco detalladamente la política desarrollada por los socialistas traidores Ebert, Baüer, Noske y Scheidemann, han sido una sorpresa los últimos acontecimientos.

El Gobierno alemán, compuesto de socialistas renegados, se formó por conveniencia nacional e internacional de la burguesía. Era un Gobierno que, cubierto con la máscara del Socialismo, representaba los intereses del capitalismo. Actuaba únicamente en beneficio de las clases burguesas. Al ocupar el Poder no intentó ni siquiera desarmar a los oficiales y soldados del antiguo régimen, ni revocó a los funcionarios de la Administración imperialista; todo continuó como antes. Para el Gobierno, es decir, para la burguesía alemana, no existía tanto temor por una restauración monárquica como por el triunfo de los comunistas. Por eso dedicaron toda su fuerza y poder a combatir a Espartaco.

No contando con una milicia popular ni con el proletariado, recurrió el Gobierno a la camarilla militar. Lutwitz, uno de los protagonistas del golpe de Estado, fué el que con más saña persiguió a los comunistas. La represión revasó todo lo imaginable. Maximiliano Harden, hace unos meses, denunció en su revista *Der Zukunft*, el fusilamiento de 25 marineros espartaquistas sin formación de proceso. La orden la dió un coronel que se paseaba por Berlín en automóvil y en compañía de Ebert. La *Freiheit* descubrió también, hace pocos meses, que se habían impreso, por orden del Gobierno, carnets del Partido Comunista, para uso de los agentes provocadores. El Gobierno socialista recurría a los más viles y criminales procedimientos para combatir el movimiento espartaquista. Con este motivo, el militarismo adquiría preponderancia y fuerza. El Gobierno, al reprimir a los comunistas, fomentaba el militarismo.

Llegó un momento en que la casta militar se consideró suficientemente fuerte para un golpe de Estado, y entonces los ejércitos del Báltico, creados por Noske contra el bolchevismo, entraron en la capital de Alemania. El Gobierno se retiró sin lucha alguna. Hubo un momento en que pareció que Alemania iba a ser víctima de una

bestial dictadura militar. El Gobierno traidor, al verse despojado del Poder, pidió protección y ayuda al proletariado para derribar al Gobierno dictador. Ocurrió lo que había previsto Radek en *Izvestia* al decir: «La kornilófada alemana no hace más que servir de prólogo a la revolución proletaria.» Inmediatamente surgió Espartaco.

El estar perseguidos y encarcelados la mayoría de los espartaquistas; el estar faltos de los temperamentos revolucionarios como Liebknecht y Rosa Luxemburgo; el estar mermaadas las organizaciones; el estar refugiados en lugares ocultos muchos de sus miembros, no fué inconveniente para que Espartaco volviera a la lucha, a conseguir la total liberación del proletariado. Para nosotros, los comunistas alemanes representan el heroísmo más glorioso. Aprovechándose del golpe de Estado, Espartaco logra lanzar al proletariado a la revolución. *Pravda* proclamaba entonces el dilema que se le ofrecía al pueblo alemán para su elección: o la dictadura de los bandidos de la banda de generales, o la dictadura de la clase obrera.

Al ver cómo los comunistas logran levantar al proletariado, la burguesía reacciona y comprende que las diferencias entre el Gobierno de Kapp y el de Baüer deben desaparecer para hacer frente al espartaquismo. Finge su entrega al Gobierno militar, y empieza una enérgica y bárbara persecución contra los comunistas, que han logrado llevar a sus filas a gran parte de los trabajadores socialistas independientes.

Espartaco riega con su sangre las calles de Alemania. Montones de proletarios comunistas caen asesinados por los asalariados de un Gobierno llamado socialista. Espartaco se apodera de poblaciones y organiza Soviets. Berlín, donde el proletariado es socialista independiente, está en poder de los obreros. Los líderes socialistas independientes, a cambio de unas concesiones que le ofrece el Gobierno para no cumplirlas, pactan con él. Abandonan a los comunistas y se entretienen, como de costumbre, en coquetear con los *socialistas* mayoritarios. Es lo mismo que hicieron en la última revolución. Se vendieron por tres carteras para Dittman, Haase y Rosetfeld. Menos mal que, según telegrafó Price a *Daily Herald*, los líderes y la burocracia socialista independiente caen en descrédito entre los obreros. Estos socialistas de *izquierda* son todos igualmente farsantes, desde Kautsky a Cohn, pasan-

do por Crispian, Hilferding, Ledebour. Son revolucionarios en Leipzig redactando programas, y contrarrevolucionarios ante la realidad. Así son los socialistas del centro en Alemania; así son en todos los países; así son en España. No hemos recibido todavía nuestros colegas alemanes la *Rote Fahne*, *Junge Garde* y *Junge Internationale*; por eso no podemos hacernos cargo de la traición cometida por los independientes. En el próximo número comentaremos ampliamente la revolución alemana y la traición de los socialistas independientes, para demostrar el revolucionarismo y lealtad de esa gente, que ha ser uno de los sostenes más fuertes de la «reconstrucción».

Los telegramas nos dicen que dirige el movimiento revolucionario Däumling. Puede ser que arrepentido de sus anteriores errores actúe en revolucionario sincero. En los últimos meses ocupaba en el Partido Socialista independiente el puesto de extrema izquierda. Su lema era: «Consejos de obreros, o Parlamento», en contra de Ledebour y Cohn, que tenían por lema: «Consejos de obreros y Parlamento.»

Al escribir estas líneas, los espartaquistas siguen conquistando ciudades de la región del Ruhr. El resultado es muy incierto. Ningún juicio puede aventurarse. Con entusiasmo y pasión seguimos el curso de la lucha. El triunfo de Espartaco en Alemania es el triunfo del Socialismo en el mundo. Al leer emocionados los telegramas con las victorias comunistas, nos parece ya próxima la época anhelada por nuestros mártires. Vemos aparecer la sociedad socialista, plétórica de amor, de belleza, de arte. Una sociedad donde imperará la fraternidad entre los hombres y la verdadera igualdad de derechos y deberes. Espartaco lucha en estos momentos, no sólo por su libertad, sino por la de todos. Espartaco lo comprende así, y por eso llega en su sacrificio a pasar los límites de lo sublime.

Comunistas españoles: ¡Viva Espartaco!

¿Cuál es la forma de parlamentarismo que la clase obrera necesita? Sudekum y Heine, Sembat y Renandel, Bissolati y Mussolini no han negado jamás el parlamentarismo. Por otra parte, los camaradas de la fracción socialdemocrática obrera de Rusia, los camaradas búlgaros e italianos que han roto sus relaciones con el patriotismo, tampoco lo niegan; sólo que hay clases de parlamentarismo: unos utilizan la tribuna parlamentaria para hacerse gratos al Gobierno, o a lo más para lavarse las manos, como ha hecho Tchkeidze; otros utilizan el parlamentarismo para continuar siendo revolucionarios hasta el fin. — LENIN.

Figuras bolcheviques

Leonid Borisovitch Krassin

POR WILLIAM T. GOODE

Leonid Borisovitch Krassin, cuyo nombre fué célebre con motivo de las negociaciones con Estonia en Dorpat, nació en 1870. Ingresó en el Instituto Tecnológico de Petrogrado, para estudiar cursos científicos; pero le expulsaron tres años después por haber tomado parte en un levantamiento estudiantil.

En 1892, cuando servía en el ejército, fué arrestado con ocasión del caso M. I. Brousnev, uno de los primeros socialdemócratas rusos acusado de hacer propaganda de su partido entre los obreros del ferrocarril de Moscú-Brets. El proceso se aplazó hasta diciembre de 1894; Krassin, entre tanto, fué libertado de la cárcel de «Taganka». Pero poco tiempo después se le condenó a una breve prisión, y entonces, por orden de Nicolás II, fué expulsado del ejército y desterrado a Siberia.

Mientras, trabajó en Irkutsk, primero como capataz, después como ingeniero mecánico, en la construcción del ferrocarril Centro-Siberia. En 1897 obtuvo permiso para completar sus estudios; pero no en Petrogrado, sino en Jarkoff. Tuvo otro tropiezo con las autoridades, y en 1898 fué una vez más expulsado, pero logró trabajar, como jefe, en la línea de Petrogrado-Viatka. Ocupó después el mismo cargo en la línea de Krongo-Baikal, volviendo, en 1899, al Instituto de Jarkoff, de donde también fué expulsado.

Se trasladó entonces a Baku, donde dirigió, desde 1900 a 1904, la construcción de la Central de la Compañía de Energía Eléctrica, y actuó como director en todo lo referente a su instalación. Durante este tiempo organizó muy activamente imprentas ilegales para la publicación de *Iskra* (La Chispa), las cuales se convirtieron después en imprentas del Partido Socialdemócrata obrero ruso. Las imprentas sobrevivieron a la revolución de 1905, y se trasladaron a Petrogrado, donde fueron convertidas en imprentas del periódico bolchevique *Novaya Zhizn* (Vida Nueva).

En 1901 recibió Krassin, en Baku, el diploma del Instituto de Jarkoff, y entonces se unió al Comité central del Partido Socialdemócrata obrero. En 1904 abandonó Baku, y dirigió en Oreklovo-Zonew la Central eléctrica de las fábricas de Nikolsky. Pero en 1905, el año de la Revolución, el Comité de su partido fué detenido en casa del novelista Andreef. Krassin, con otros dos compañeros del Comité central, se escapó a Ginebra, y tomó parte en el Congreso del Partido, trabajando con los nombres de Nikitch,

Vinter y Zimin. Volvió a Rusia, y logró entrar de director de la línea eléctrica de Petrogrado, ayudando en todo momento a la organización, económica y técnica del Partido bolchevique.

Su actividad revolucionaria le obligó a abandonar Rusia y a establecerse temporalmente en Berlín, donde trabajó como ingeniero en uno de los establecimientos Siemens Schuckert, hasta 1912, en que le trasladaron a la sucursal de Moscú, con permiso de la policía rusa. En enero de 1914 le trasladaron a Petrogrado para ocupar un cargo análogo. Al estallar la guerra y partir para el frente toda la plana mayor, fué nombrado director de esta Empresa, es decir, de la Empresa Eléctrica Siemens Schuckert. Desempeñó este puesto hasta agosto de 1918, en que fué nombrado para un cargo oficial del Gobierno de los Soviets.

Su relación con la República de los Soviets data de 1917, fecha en que, por invitación de Lenin y Trotsky, fué Krassin a Brest-Litovsk para tomar parte, con los alemanes, en la Conferencia de la paz. Intervino también en la confección del Tratado comercial, mostrándose como un experto economista. Al volver a Moscú le eligieron presidente del Consejo Supremo de Economía Nacional; también fué nombrado presidente de la Comisión extraordinaria para el equipamiento del ejército rojo. En noviembre de 1918 le eligieron comisario del pueblo para el comercio extranjero; formó también parte del Consejo de defensa de campesinos y trabajadores. Por último, fué nombrado por el Comité ejecutivo central panruso comisario del pueblo de Caminos y Comunicaciones, y tomó posesión de su cargo el 20 de marzo de 1919.

En la flor de su vida, plétorico de energías, Krassin es un hombre de elevada estatura, pelo negro y barba poblada, rostro moreno, pero inteligente y modales distinguidos. Es extraordinariamente competente, y su personalidad y conversación da en seguida esa impresión a las personas a quien él habla. Una frase que Krassin empleó hablando conmigo, le retrata de una vez: «No hubiera yo nunca aceptado este puesto (el de Caminos y Comunicaciones) a no estar seguro de que sería el jefe.» Aquí habló el administrador competente, y en esto, precisamente, está la salvación del hundido o semidestruido sistema de transportes de Rusia, que ha asegurado en cierta medida el tráfico, la alimentación y las necesidades militares de nueve frentes.

Bastantes compañeros escriben mucho cantando las bellezas de la Tercera Internacional.

Esto no quita para que se feliciten ahora por el nombramiento para director de *El Socialista* de un ardiente y descarado defensor de la vieja Internacional.

Con tales defensores, el ejército rojo tiene un buen apoyo. Por lo menos *La Aurora Social* así lo cree sinceramente.

□ □ □

Los Gobiernos aliados ayudan a los imperialistas alemanes contra los socialistas revolucionarios.

Los socialistas de los países aliados no parecen muy dispuestos a apoyar a los revolucionarios alemanes en su lucha con los imperialistas.

Se pasan el tiempo discutiendo si serán galgos o podencos, como los perros de la fábula.

□ □ □

Los viejos viven al calor de los recuerdos. No faltan compañeros que siguen templando su espíritu revolucionario al calor de la gloriosa huelga de agosto.

Aquella revolución no estuvo del todo mal. Ahora lo que no nos explicamos es que se hagan revoluciones por tenencias de alcaldía.

PERICO

Portela e Illescas, en libertad

El 23 del pasado tuvimos por fin la gran satisfacción de abrazar a estos queridos compañeros, que han estado en la cárcel mes y medio, por defender noblemente lo que era sentir unánime de todos los socialistas madrileños. A las muchas felicitaciones que han recibido, unan la nuestra, muy efusiva y cordial.

La democracia en Rusia

Al tratar Engels de la democracia y del sufragio universal, el cual es todavía para algunos socialistas reformistas el salvavidas del proletariado, calificó el sufragio como el derecho de la clase trabajadora «a elegir entre sus explotadores a aquellos que les han de oprimir durante algunos años». Esto sucede así en el régimen capitalista, pero no en la verdadera democracia, donde los funcionarios pueden ser revocables en todo momento.

Por eso leemos en un radiograma de Moscú (20 de febrero): «Según un artículo de las leyes soviéticas, los electores pueden en todo momento revocar a sus representantes cuando, según su parecer, no atiendan suficientemente los intereses generales. Durante el año 1919 han sido revocados por el Soviet de Moscú 400 delegados, los cuales han sido sustituidos por otros también elegidos.»

Que en Rusia es donde realmente gobierna el pueblo, es decir, el proletariado lo demuestran múltiples noticias que nos llegan a diario. *Pravda* dice que el Comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado está compuesto de 42 miembros; de éstos, 35 son obreros y siete intelectuales. Todos son comunistas, y 27 ingresaron en el Partido antes del año 1915.

Esa impopularidad de que gozan los bolcheviques entre el pueblo ruso, según la prensa burguesa, no se manifiesta por ninguna parte. Las elecciones últimas han sido un triunfo rotundo para los comunistas. En Moscú fueron elegidos 427 delegados; 392 comunistas, 14 muy afines a los comunistas, dos mencheviques y 18 «independientes». El presidente del Soviet, compañero Kamenev, fué reeligido dos veces por la fábrica de Maquinaria Previa y por la Central Eléctrica. El catedrático Riazef, físico conocidísimo, fué elegido por unanimidad por los obreros de los talleres de material ferroviario de la estación de Kurok. También ha sido elegido delegado el admirable Máximo Gorki.

Todo esto prueba que los intelectuales rusos abandonan la absurda y cruel actitud de «saboteadores» que adoptaron al principio de la Revolución, y que se incorporan a ese gran movimiento de liberación proletaria que se llama el bolchevismo. La democracia verdadera impera en Rusia en todo su esplendor; claro que nuestros socialdemócratas lo niegan en nombre de «su democracia», de esa «democracia» que da los mismos derechos a los vagos que a los productores.

Un "gesto" de Caballero

En *El Socialista* del día 30 del pasado mes ha aparecido una «Carta abierta» dirigida por Largo Caballero al compañero Merino Gracia. En esta carta, a través de párrafos llenos de una ironía de tan burda calidad como la empleada por Caballero en sus peroraciones, el secretario de la Unión General de Trabajadores anuncia a nuestro querido compañero que, considerándose ofendido por el artículo de fondo del último número de *RENOVACIÓN* y acogiéndose al reglamento, lleva el asunto a junta general de la Agrupación Socialista Madrileña.

En la labor emprendida por nosotros no será este el último caso que se presente. Pero, como hombres de convicciones firmes, estamos decididos a sostener nuestras opiniones en todos los aspectos que éstas quieran plantearse. Nuestro compañero Merino Gracia hállase dispuesto a ratificarse en lo dicho y a fundamentar los motivos que tiene para juzgar así al susceptible Largo Caballero.

□ □ □

El Comité de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas ha acordado, en vista de la «Carta abierta» de Largo Caballero a Merino Gracia, solidarizarse totalmente con este compañero, pues la campaña iniciada en *RENOVACIÓN* no obedece al criterio personal de Merino Gracia, sino al de todo el Comité.

PALMETAZOS

En Alemania combaten fieramente antiguos compañeros socialistas contra los comunistas que quieren implantar la República Social.

Son la Segunda y Tercera Internacionales, frente a frente, luchando en sus respectivos campos previamente deslindados.

□ □ □

En el Congreso funciona ya la «guillotina». A pesar de ello, los diputados-consejeros gozan de perfecta salud.

□ □ □

Hay gentes, antiguos iconoclastas, que por nuestra actitud frente a los malos socialistas nos tachan de envidiosos personalistas e infusorios bolcheviques. Dicen que somos enemigos de la sacrosanta unidad del Partido.

Unidad que quiso romper en una célebre intenciona cierto despechado socialista, no hace mucho tiempo

¡Oh! La disciplina, cabo Pérez.

□ □ □

La encefalitis letárgica se extiende por toda la Península.

Nos explicamos ahora la actitud de muchos socialistas reflexivos ante el problema de ingresar en la Segunda o Tercera Internacional.

Es la del burro de Buridan atacado de la enfermedad de moda.

EL DESCRÉDITO DE LOS LÍDERES

En todos los países se verifica idéntico fenómeno. Las masas huyen de la protección y dirección de los líderes consagrados. Se manifiesta en las filas proletarias un movimiento de franca hostilidad hacia los jefes oportunistas. No será suficiente, para contener este movimiento, el esfuerzo de los funcionarios de las organizaciones, base en que se asienta el poderío de los líderes. Los trabajadores revolucionarios se dan cuenta que los líderes son el dique que se opone a la Revolución social. El proletario consciente sabe que su emancipación no depende de que los libros de su Sociedad se lleven con arreglo a las leyes de contabilidad, sino de una acción revolucionaria constante e intensa.

El proceso de descrédito de los líderes se hubiera acelerado si no fuera porque éstos cuentan con la ayuda resuelta de los intereses que han creado. Se acentúan esas tendencias oligárquicas, cuya existencia notaba antes de la guerra Robert Michels en su obra *Los partidos políticos*, donde decía: «Los jefes socialistas y proletarios que al principio surgen espontáneamente, y que no ejercen las funciones de jefes más que a título *accesorio* y *gratuito*, se convierten luego en jefes *profesionales*. Este primer paso es en seguida seguido de otro; los jefes profesionales no tardan en convertirse en jefes *estables e inamovibles*.»

El descrédito de los líderes se extiende a todas las naciones. En los Estados Unidos, esa organización fantasma, llamada la Federación Americana del Trabajo, pierde fuerza e influencia entre el proletario. Los I. W. W. recogen en sus filas a esos trabajadores que, desilusionados, abandonan a Gompers y Morrios. En la última huelga de los obreros de acero se manifestó claramente el desprestigio de los jefes. Gompers lanzó proclamas aconsejando a los huelguistas que sometieran su pleito a un arbitraje; los huelguistas se negaron a seguir los consejos de Gompers, y siguieron las instrucciones de Foster.

En Francia, las huelgas se suceden, a pesar de la oposición de los jefes. La última huelga de ferroviarios ha sido un ejemplo que indica hasta qué punto los líderes matan el espíritu de lucha de las organizaciones. Surgió la huelga por un motivo puramente romántico. Fue un acto espontáneo de solidaridad con el compañero Campaignaud, injustamente castigado. La paralización del trabajo se llevó a efecto con un entusiasmo formidable que duró tres días. Al cuarto, los organismos oficiales, la Federación Nacional de Ferroviarios y la C. G. del T, se adhirieron al movimiento e intervinieron como amigables componedores. Desde este momento, la huelga palideció. Se llegó a un acuerdo que no resolvió nada, y se abandonó a los compañeros detenidos y expulsados. He aquí cómo ese espíritu de sacrificio y solidaridad que tan constantemente se manifiesta en los trabajadores y que, en sus *Reflexiones* estudiaba Sorel, es inutilizado por los jefes contrarrevolucionarios.

En Suiza, el año pasado se declaró la huelga general para conmemorar la Revolución rusa, a pesar de los anatemas condenatorios de Grimm. En Alemania, en la última huelga, de los metalúrgicos berlineses, los jefes socialistas independientes fueron desacatados en sus órdenes a los huelguistas.

En Holanda, actualmente, en la huelga de los obreros de los «docks», la cual continúa con un éxito admirable y con la abnegada cooperación de los obreros de todos los puertos europeos, los jefes socialistas traidores, como Troelstra y Kleerekoper, en coro con la burguesía, han desautorizado y calumniado el movimiento.

En Inglaterra, los delegados de taller han declarado que los mayores enemigos de la clase obrera son los directores y subdirectores. Los mineros irán a la huelga, aun teniendo en contra al Comité Parlamentario de las Trade Unions.

En la misma Italia, los últimos acontecimientos huelguísticos de Milán demuestran que la masa se distancia de sus jefes.

En España se repite el caso de Francia a principios de siglo. El proletariado, asqueado de los parlamentarios socialistas, se encamina hacia el rotundamente fracasado sindicalismo revolucionario. Los líderes actúan de *rompehuelgas* en al-

gunos movimientos. Teniendo como argumentación los manidos tópicos de la «oportunidad», «hacer el juego a nuestros enemigos», etc., etc., desilusionan a los trabajadores y los llevan a la derrota.

La Comisión del Partido está completamente burocratizada; su única preocupación es el aspecto administrativo. Nuestros líderes son demócratas avanzados, pero no socialistas revolucionarios. Cuentan con el apoyo indirecto de la burguesía, que tiene la seguridad de que, dirigiendo estos líderes, la masa no se entrega en brazos de los «extremistas», es decir, de los verdaderos revolucionarios.

Los viejos partidos socialistas se resquebrajan y sus líderes se desacreditan. En todo el mundo surgen partidos comunistas que obtienen la adhesión del proletariado. Es que los partidos socialistas ya no defienden los verdaderos intereses obreros.

El derrumbamiento del sistema capitalista será provocado por la victoria del proletariado.

La dirección de "El Socialista"

El Partido Socialista español, por virtud de las torpezas y oportunismos de su Comisión ejecutiva, está en los prolegómenos de su disolución. Después del absurdo acuerdo de enviar dos delegados a Rotterdam para intentar resucitar la Internacional de los traidores, nombra director del órgano del Partido a un hombre de conocidas ideas derechistas.

Habiéndose manifestado el Partido, en su último Congreso, en un sentido revolucionario, el nombramiento de Fabra Ribas para director de *El Socialista* significa una provocación.

Fabra Ribas, además de su escasa mentalidad, carece de condiciones para desempeñar tan importante cargo, pues es un escritor de estilo barroco, enrevesado en la exposición de ideas y desorientado en la interpretación de las teorías. Para ejemplo palpable de la actitud que representa dentro del Partido, basta leer el discurso que pronunció en Oviedo. Nada hay más lejos del marxismo ortodoxo, cuyas doctrinas dice seguir, que algunos conceptos vertidos en dicho discurso. Para colmo de los colmos, proclamó que la Tercera Internacional carece de principios y ¡que la Revolución rusa de 1917 fué provocada por el embajador inglés!

La única habilidad de Fabra consiste en haber sabido explotar en España su falso prestigio del extranjero, y en el extranjero su falso prestigio de España. Así se da el caso de que algunos compañeros de provincias le tienen por un genio invaluable.

Se aduce como único argumento para justificar su nombramiento que sabe idiomas y conoce la política internacional. Esto es totalmente falso. Conocerá las interioridades de las Redacciones del *Vorwärts* y *L'Humanité*, donde, según dice, estuvo de redactor. Pero desconoce por completo el gran movimiento proletario, las ideas que mueven a los trabajadores y las necesidades e inquietudes de las masas, pues durante su estancia en Berlín y París estuvo Fabra muy ocupado halagando las vanidades de Jaurès y Scheidemann.

Hace pocos meses apareció en *L'Humanité* un artículo indigno. Era de Fabra. Se decía que los obreros españoles debían apoyar la formación de un Gobierno Cambó-Melquiades. ¿Seguirá sustentando todavía estas ideas? ¿Orientará en este sentido la política nacional del periódico? Ya lo veremos. Por lo pronto, parece que impone, como condición precisa, que entre en la Redacción el canallero Tasin. Quiere que sea redactor del órgano del proletariado español ese hombre nefasto que, cuando los ejércitos mercenarios de Denikin y Koltchak atacaban a los ejércitos socialistas, calumniaba e injuriaba a éstos en un periódico burgués. Los rusos sinvergonzones de París, que redactan el *Bulletin d'Union Russe*, revista de donde copia literalmente Tasin esos

Un "reconstructor" en Madrid

Siguiendo el acuerdo adoptado en el último Congreso de Estrasburgo, el Partido Socialista francés ha enviado delegados a algunos países para tratar de engañar al proletariado. A Madrid llegará muy en breve, Raoul Vergeuil, secretario de la Federación del Sena.

El Comité de nuestro Partido le recibirá efusivamente, pues es un gran refuerzo para tratar de llevar a las masas a esa titulada «reconstrucción».

Como a algunos compañeros les deslumbra bastante la presencia de un socialista extranjero, el Comité espera explotar la presencia de Vergeuil para que el resultado del referéndum le sea favorable.

Para nosotros, la venida de Vergeuil pasará inadvertida. Su causa tiene como móvil un oportunismo encubierto, y esto es lo suficiente para que nosotros despreiciemos a los que tratan de engañarnos con burdas maniobras.

Sería necesario que el proletariado madrileño, que tan unánimemente se manifestó por la Tercera Internacional, diera una lección a ese representante de los mayoritarios franceses, los cuales tratan con eso de la «reconstrucción» de desnaturalizar los verdaderos intereses del proletariado, llevándole por caminos tortuosos y antirrevolucionarios.

artículos que luego firma, están de enhorabuena. Sus artículos ya no serán publicados en un periódico burgués, sino en *El Socialista*.

Parece ser que Fabra Ribas era el candidato de Largo Caballero. La actitud de éste votando a Fabra nos la explicamos. Ambos son de la Segunda Internacional e igualmente reaccionarios, y, por lo tanto, están identificados políticamente. Lo realmente inconcebible es que los «terceristas» le hayan votado también. Esto nos demuestra que entre los líderes, o, mejor dicho, entre los elementos con representación oficial en el Partido, no existe ninguno que defienda con tesón y energía la Internacional de Moscú. La minoría de la Comisión ejecutiva, nombrada en calidad de partidarios de la Tercera Internacional, ha claudicado en esta cuestión, como en la de Rotterdam, transigiendo con acuerdos y determinaciones que van directamente en contra de la táctica que corresponde adoptar a los que están identificados con la gloriosa Internacional Comunista.

El órgano del Partido hará en lo sucesivo una política derechista y «democrática», es decir, tendremos renaudelismo a todo pasto. Aguardamos a conocer la lista de los colaboradores. Figurarán en ella todos esos intelectuales socialistas (?) que se muestran revolucionarios en nuestros actos, y que luego se adaptan admirablemente a la ideología del periódico burgués en que escriben.

El oportunismo corroe a los componentes de la Comisión ejecutiva. Con esta política vamos a la bancarrota completa del Partido.

J. A. R.

Federación de Juventudes Socialistas de España (Sección de la Internacional Juvenil Comunista.)

SECRETARÍA

A los Comités de las Secciones

Estimados compañeros: Os rogamos que convoquéis a vuestras respectivas entidades a Junta general extraordinaria que deberá celebrarse precisamente el día 15 de abril, venciendo cuantas dificultades de local se presenten. Dichas asambleas generales tienen como finalidad el que todos los afiliados tengan conocimiento de una importante comunicación que este Comité nacional hará a todas las Secciones.

Madrid 1.º de abril de 1920.—Por el Comité nacional, R. Merino Gracia, secretario; José Illescas, vicepresidente.

Un libro de Bela-Kun

“De revolución a revolución”

Editado por el Partido Comunista austriaco, ha aparecido un libro de Bela-Kun, titulado *De revolución a revolución*. Este libro está firmado por Biagio Kolosvary, seudónimo a que ha tenido que recurrir Bela-Kun. Damos a continuación uno de los capítulos más interesantes de la nueva obra:

«La misión histórica del proletariado es derrocar el capitalismo mediante la revolución social, y establecer el comunismo. Pero este mandato histórico de la lucha de clases no puede servir para justificar la traición cometida por proletarios aislados, por grupos enteros o por la mayoría del proletariado. ¿Quién alguna vez no habrá sentido piedad por los esquirolas? Con los «amarillos» hemos sostenido una lucha encarnizada; pero, ¿quién, sin embargo, no la ha acusado de lucha fratricida? A pesar de esto, a los gendarmes, mercenarios de aquella organización de la tiranía que nos esclaviza, y que se llama el «Estado burgués», el obrero no los ha considerado nunca como hermanos, aunque también proceden del proletariado. La clase capitalista esclaviza a la clase obrera, no sólo con la violencia física, sino también mediante sus poderosas organizaciones espirituales, que en la inconsciencia del proletariado encuentran un fuerte apoyo para el dominio burgués. Un partido socialista que se alzara en nombre de la propiedad privada; una burocracia de partido u organización que prolongase la posibilidad de la explotación y turbara la conciencia revolucionaria de la clase trabajadora, o que tendiese a desviar sus energías revolucionarias, se convertiría a su vez en elementos integrantes de la organización de violencia del Estado burgués, como lo es, por ejemplo, la Iglesia. La burguesía, como Marx y Engels han hecho notar en *El Manifiesto Comunista*, ha sabido enmascarar su despotismo de clase con el paliativo de «la democracia nacional». El terror blanco no puede tener vida larga, porque la burguesía es ajena a la tiranía abierta y brutal, no por sentimentalismo o por razones humanitarias o morales, sino únicamente porque la aplicación de la fuerza bruta le impide desplegar frente a la masa proletaria toda su superioridad. Cuando domina el terror blanco, cuando impera la dictadura declarada, la burguesía no encuentra manera de explotar todos los resortes espirituales y de organización que les ofrece el capital ni tiene lugar para poner en acción aquellos artificios en los cuales ha adquirido tan gran habilidad en sus largos años de dominio. Así, el poder ejercitado por la burguesía bajo la forma de la democracia le cuesta menos, porque empleando la dictadura la burguesía no puede contraponer al proletariado nada más que la parte más costosa, y por ello más peligrosa, de su armazón. En la democracia, el capital enmascara la base oculta de su poder: la violencia. En el régimen democrático, la clase capitalista frena las energías revolucionarias de los obreros con la ayuda del Partido Socialista obrero, y así hace economías en los gastos de gobierno. La ficción de que los trabajadores participan en el Gobierno es uno de los preservativos más seguros contra las revoluciones.

Un partido socialista que haya servido de instrumento a la burguesía para atenuar la lucha de clases, para paralizar la energía revolucionaria de la clase obrera, para consolidar el dominio de la burguesía, y que se haya prestado a servir de instrumento para ahorrar a la burguesía los gastos que originarían las ataduras reales de la clase trabajadora, no merece el nombre de partido hermano, y aunque este partido comprenda a proletarios inconscientes de su deber, la lucha contra éstos, aunque rebasara de los límites de la simple agitación, no sería ya lucha fratricida.

De todo esto se deduce que la lucha del Partido Comunista-revolucionario contra los socialistas colaboradores no admite tregua. La burguesía no asiste a la lucha como espectador curioso, no; ella, más bien está con la impaciencia del jugador que ha apostado todo lo que tiene, su fábrica, su casa, su mujer, su amante, y ahora va a apuntar la última carta.

El desenvolvimiento en todos los países de la lucha de clases revela una debilitación tan aguda de la burguesía, que ésta no se arriesga ya a

alzarse y a conservar la posibilidad de continuar la explotación sin la ayuda de un partido socialista traidor. Los partidos socialistas, no sólo tienden a embrollar a los obreros y a adormecer sus energías revolucionarias, sino allí donde están en el Poder se apresuran también, abiertamente o encubiertamente, a la opresión de los obreros revolucionarios con las armas de la violencia. Entonces, no riendo, sino angustiada en grado sumo, la burguesía asiste a esta lucha, que en todo el mundo se desarrolla entre los traidores de la clase obrera y el partido de los obreros revolucionarios (Partido Comunista). Allí, pues, la burguesía corre en ayuda de los traidores con el celo del que ve peligrar lo suyo.

Es inevitable la última lucha decisiva entre las dos tendencias.

Cualquiera tentativa de arreglar este conflicto con compromisos, o de evitar la decisión, favorece únicamente los intereses del colaboracionismo, de los traidores del Socialismo. Y para quien es todo el perjuicio es para la clase trabajadora.

El llamado centro del movimiento obrero está formado de aquellos socialistas que se dicen de izquierda, y que, en verdad, hacen el papel de pacificadores. Estos suelen amamantar su política directa contra los intereses de la clase obrera con frases revolucionarias; tienen embobados a los trabajadores, mientras sus cómplices de la derecha roban al porvenir a la clase proletaria. Mientras sus declaraciones vacilan entre la tendencia revolucionaria y la reformista, ellos, con los hechos, tienden a la política transigente de los que están decididamente a sueldo y servicio de la burguesía. Este grupo es un obstáculo a la conquista de la victoria de la revolución, porque con sus frases revolucionarias, con sus incertidumbres, con sus titubeos, retienen de la acción revolucionaria a masas considerables, y las ponen al servicio de los traidores del Socialismo.»

¿TERCERA INTERNACIONAL?... ¡SÍ!

No debiera yo tocar este punto, por haberse ocupado de él compañeros más aptos para ello; pero como todo se vuelve dar vueltas al hilo para enredarlo, no tengo por menos que tocarlo y advertir que, mientras haya quien esté ojo alerta, no se enredará, aunque quieran los camaradas que, ejerciendo presión en el ánimo de los que no poseen un criterio fijo, llevan a efecto en sus actos de propaganda la desanimación y la congoja.

Yo, que soy el más modesto de los que trataron este punto en sus discusiones, sin razón acaso, pero con convicción propia, sigo creyendo, y no me convencerá ningún caprichoso, de que la Segunda Internacional no tiene razón de ser.

Y digo que no me convencerá ningún caprichoso, porque són capichos los que se aducen, como razón para no aceptar la Tercera Internacional, pues entiendo que llegó la hora del deslinde de campos, y aquel que no quiera unir su sangre a la de los demás, que se meta en la cama y tome *tila* para calmarse los nervios alterados, pues el tiempo de las palabras se va, de día en día, aminorando y pasando a la égida de los hechos.

Hay quien dice que a la Tercera Internacional hay que ir para hacer algo, y si no, que no se vaya, que para esperar se está bien en Segunda, y, precisamente, eso mismo es lo que yo digo: vamos a la Tercera Internacional porque no podemos seguir sin hacer nada, cantando las desgracias por las tribunas y las Redacciones, que es lo que hace ya muchos años se viene poniendo en práctica.

Otros dicen, entre ellos Fabra Rivas, que en España no se puede hacer nada sin que lo hagan primero Inglaterra y Francia.

Lo que no se puede hacer, digo yo al compañero Fabra, es llamarse socialista, estar convencido de que es un ideal revolucionario el que se sustenta, y esperar, como esperaban nuestros antepasados del 1478, que hubiese unos que protestasen contra los diezmos y la Inquisición para secundarles, y cómo no había quien se decidiese, ellos aguantaban los azotes, los tormentos y que se llevaran de su granero la décima parte

para mantener aquellos Tribunales que mantenían a toda costa el dominio inquisitorial.

«No hay que derramar sangre en vano», pero no hay tampoco que aguardar que el vecino recoja su cosecha si la nuestra está más adelantada y a punto de recoger, porque si no, nos ocurrirá que todo se echará a perder.

A mí no me importa que me *limpien* la Segunda Internacional de traidores; lo que me interesa es que hay un pueblo que dió al traste con sus verdugos, y que a ese pueblo no se le debe abandonar, como hace la madre desalmada que arroja el fruto de sus entrañas a la puerta de una casa de recogida infantil; y que por el «qué dirán de mí» arroja lo que en vez de deshonra le serviría y le sería el consuelo del mañana.

Creo que es de todo punto necesario que el que no se sienta capaz de ser socialista en todos sus múltiples terrenos, lo diga sin rodeos, y no se valga para ocultarlo de hechos que la clase capitalista hace propalar porque así le importa para desviar el curso del río y meterlo por donde, a ser posible, no se pueda apreciar la fuerza de corriente que arrastra.

Los socialistas que son socialistas están completamente convencidos que con amenazas no se logrará nada.

Por eso yo soy partidario de la Tercera Internacional, porque sus fundadores, cuando llegó la ocasión de pegar, pegaron fuerte y duramente a todo el que se opuso a su paso, hasta lograr pasar y detenerse a mirar el avance realizado, distribuyendo las fuerzas propias para mantener en la firmeza posible el avance efectuado.

¿Creemos que el pueblo no conoce nuestros ideales? Pues digámosle, una y cien veces lo que son, y cuanto antes eduquémosle en el ambiente necesario de emancipación; pero nunca digamos que las cosas no se pueden llevar a efecto hasta que otros las hagan, a ver si dan o no resultado de éxito.

Cada cual debe medir su fuerza de voluntad para todo lo que se propone, y si tiene mucha voluntad y no duda de nada y ante nada, podrá al fin llegar a lo que se propone desentrañar; pero si la duda y la vacilación hace presa en su voluntad, terminará con el aburrimiento, y, por tanto, con el abandono de lo que quisiera ver realizado.

Si el comunismo en Hungría sucumbió, fué, precisamente, por esa falta de voluntad para poner en práctica lo que debían haber puesto sin temor al vulgo, y conste que el perezoso de casa es aún peor enemigo que el enemigo de fuera.

ORDÓÑEZ

Vegadotos (Mieres), marzo 1920.

¡Socialismo revolucionario!

El 21 de marzo pasado se celebró en el teatro de la Zarzuela el mitin organizado por la Asociación de vecinos de Madrid, contra la carestía de los alquileres. Nada tenemos que decir contra los vecinos que aspiran a defenderse del casero con arreglo a sus cortas luces y con platónicas exclamaciones. Lo que ya es un poco más fuerte es que individuos como Rives Moyano vayan a dicho acto a hablar con la representación de la Casa del Pueblo, que si es ése su criterio definiendo muy mal los intereses obreros que le han sido confiados. Pero el colmo fué que un diputado nuestro, Teodomiro Menéndez, llevara allí la adhesión de los socialistas, que en dicho acto aparecían unidos a caseros como el conde de Santa Engracia, a la Defensa Mercantil Patronal, a la Sociedad «La Unica», el Circulo de la Unión Mercantil, a la Federación Gremial, etc.; a todas esas *fuerzas vivas* que viven estrujando y explotando a la clase obrera.

El público, más socialista de lo que muchos creen, armó tan formidable escándalo al intentar hablar el conde de Santa Engracia, que hubo de retirarse sin conseguirlo.

O es mentira todo eso de la lucha de clases y del Socialismo, o no podemos los socialistas ir a esos actos de hipócrita democracia burguesa, de los que jamás saldrá ninguna solución. Nuestro deber es precisamente llamar la atención de la clase obrera, convenciéndola de que en este régimen capitalista no hay esperanza; a eso, a ir a esos mítines del brazo y como dirigidos por esas entidades patronales, es a lo que llamamos colaborar con la burguesía. Incluso se llegó a proponer la unión de obreros y patronos para abaratar los alquileres. ¡Delicioso!

RESUMEN DE LAS TRES TEORÍAS FUNDAMENTALES DEL MARXISMO

POR JOHN HOBBIE

Muchos son los que, por diversas razones, no han podido leer *El Capital*, de Carlos Marx, y como no debe haber ni un solo socialista que ignore, cuando menos en sus líneas generales, las grandes teorías de Marx, nos ha parecido conveniente dar a conocer en una forma lo más clara y concisa posible, el sentido de la filosofía marxista.

Las tres teorías más importantes de Carlos Marx son:

Primera. La teoría del determinismo económico.

Segunda. La teoría del valor y de la plusvalía.

Tercera. La teoría de la lucha de clases.

De esas tres, la fundamental es la del determinismo económico. Esa teoría afirma que, en todas las épocas de la Historia, las instituciones morales, intelectuales y sociales han tenido su base en los sistemas de producción y de cambio entonces dominantes.

Esta teoría ha sido criticada de diferentes maneras. El argumento que con más frecuencia se le ha opuesto es el de ser excesivamente materialista y el de olvidar y no tener en cuenta los esfuerzos y las hazañas de los grandes genios, que marcan ciertos caminos a los acontecimientos humanos.

La teoría del determinismo económico no niega la importancia de los actos realizados o a realizar por los grandes hombres, sino que sostiene, con fuerza, que los métodos de producción y de distribución son los cimientos que sirven para sostener las instituciones sociales de todas las épocas.

Otras cosas, como las diferencias de raza, las creencias religiosas, las tradiciones históricas, los actos de los hombres de genio, etc., pueden tener, y a veces tienen, una influencia en la formación de las instituciones sociales; pero todo eso no son más que factores secundarios y no esenciales. Su influencia es nula, si está en contradicción con las necesidades económicas de los trabajadores. En otros términos, la naturaleza del hombre es de tal condición, que debe, ante todo, satisfacer sus necesidades materiales para que su intelecto pueda desarrollarse.

En su evolución, la raza humana, salida del salvajismo y la barbarie, ha pasado por tres fases diferentes: la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo. Cada una de esas tres etapas representa un método diferente de producción y de cambio, y la forma en que las leyes y las costumbres de la sociedad han cambiado con cada una de esas etapas, nos da una prueba convincente de la precisión del determinismo económico de Marx.

Bajo la esclavitud, había leyes y costumbres que reglamentaban la condición de los esclavos y sus relaciones con los amos. Bajo el feudalismo, las relaciones complicadas entre los señores y el rey, entre los villanos y los siervos y entre los siervos y los señores, estaban convenientemente especificadas. Y bajo nuestro régimen capitalista, ya sabemos demasiado bien cuáles son las leyes especiales que regulan las relaciones entre los trabajadores y los patronos o capitalistas.

Esta teoría demuestra, por otra parte, que la fuerza motriz en la evolución de la Humanidad ha sido el desarrollo y el perfeccionamiento de los útiles e instrumentos de la producción. A medida que esos útiles se perfeccionaban, los antiguos sistemas, para servir de ellos, resultaban más costosos y difíciles; un cambio se hizo, por consiguiente, necesario, y es así como, de etapa en etapa, hemos llegado al capitalismo.

Partiendo de este mismo principio, los socialistas sostenemos que, habiendo llegado la industria al grado actual de desarrollo, los capitalistas no pueden ya emplearla en interés de la Humanidad, y que, por lo tanto, está a punto de producirse una transformación.

Además, nosotros sostenemos también que la sociedad está actualmente en un período de transición y que el advenimiento del Socialismo se producirá en un tiempo relativamente corto.

Esta teoría, que va, cada vez más, siendo reconocida como una de las leyes fundamentales del progreso humano, podemos resumirla así: en todo período de la Historia, el sistema de producción y de cambio predominante forma la base en que se apoyan las instituciones sociales e intelectuales de la época. En la evolución de la Humanidad, la fuerza motriz ha sido el desarrollo y el perfeccionamiento de los útiles e instrumentos de producción.

La segunda teoría, la del valor y de la plusvalía, demuestra que el valor de un artículo, de un objeto, se determina por la suma del trabajo humano que ha ocasionado. El precio de venta de un artículo es, generalmente, el mismo que su valor. Pero ese precio oscila a menudo por encima y por debajo del valor del artículo, según las fluctuaciones de la oferta y la demanda. A la larga, sin embargo, la oferta y la demanda se neutralizan,

y puede asegurarse, sin género alguno de duda, que el precio de venta corresponde, poco más o menos, al valor del artículo.

Franklin, Smith y Ricardo, mucho antes que Marx, sostenían que el trabajo determina el valor de un artículo. Y, sin embargo, en cuanto Marx emitió esta teoría, demostrando sus restricciones y sus consecuencias, los economistas capitalistas trataron de refutarla.

Lo mismo que el valor de los artículos se determina por la cantidad de trabajo necesario para producirlos, el valor del trabajo de un hombre (o más bien su fuerza de trabajo, que es lo que vende) se determina por el valor de la alimentación, de los vestidos, de la habitación y de otras cosas que le son necesarias para mantenerse él y mantener su familia al nivel de existencia establecido por la comunidad en que vive. El trabajador recibe, poco más o menos, el valor de su fuerza de trabajo; pero a la materia prima que él manipula añade más del valor de su trabajo. Esta diferencia entre lo que el obrero recibe como salario y el valor adicional que proporciona a la materia prima por él manipulada, es lo que Marx llama *plusvalía*. De esta plusvalía es de donde salen los beneficios del patrono.

Disfrácese como se quiera, el patrono no puede explicar de otra manera el origen de sus ganancias. Las materias primas no pueden ellas solas producir más valor del que tienen. Lo único que puede aumentar su valor es la mano de obra, y es de la mano de obra de donde salen la plusvalía y las ganancias del capitalista.

La apropiación de esta plusvalía provoca un conflicto entre los intereses del trabajador y del capitalista, conflicto que nos lleva a la lucha de clases.

Los apologistas del sistema capitalista dicen que ese conflicto de intereses no existe, y que la lucha de clases es una invención de los demagogos y de los agitadores. Los hechos, sin embargo, prueban lo contrario. Los conflictos en el trabajo, las huelgas, etc., son manifestaciones de la lucha de clases, la cual, a pesar de que la inmensa mayoría de los combatientes ignoran la naturaleza del conflicto, no deja por eso de ser menos intensa. Lo que los socialistas queremos es hacer ver al proletariado la naturaleza y la causa de la lucha que sostiene, hacerle realizar sus intereses de clase, o, en otros términos, hacerle consciente de su clase.

En fin, la lucha de clases.

Las clases, en la sociedad actual, se distribuyen en esta forma: proletariado, clase media y clase capitalista.

¿Quiénes constituyen estas clases?

El proletariado comprende a todos los que, para vivir, dependen de su trabajo, intelectual o manual, bien o mal pagado.

La clase media está compuesta de pequeños burgueses y obreros independientes. Como clase, está en vías de desaparecer, absorbida como está, y cada día más, por el sistema capitalista. Los intereses de la clase media no están tan claramente definidos como los del proletariado y del capitalismo. Tarde o temprano, sin embargo, los individuos que componen la clase media tendrán que incorporarse al proletariado o a la clase capitalista, según los intereses que los ligen a una u otra clase.

Los capitalistas constituyen la clase reinante. Son los poseedores de los instrumentos de producción y de distribución, y viven del trabajo de los obreros. Siendo los dueños de esos instrumentos de producción (máquinas, etcétera) y de distribución (ferrocarriles, etc.), tienen derecho legal sobre la mercancía, y, por lo tanto, sobre la plusvalía producida por los trabajadores.

Se acusa con frecuencia a los socialistas de provocar el odio de clases. Los que nos acusan de esta manera no saben hacer distinción entre odio de clases y conciencia de clase. Un hombre puede tener conciencia de que sus intereses son diametralmente opuestos a los de otro hombre, sin que por eso le tenga odio. Aún más: si el trabajador se da cuenta de que el capitalista es tan víctima de las circunstancias como él, la conciencia de clase es un remedio seguro contra el odio de clases.

Muy a menudo se nos pregunta por qué los socialistas insistimos tanto sobre la lucha de clases. A eso respondemos nosotros que la lucha que hemos emprendido es, esencialmente, una lucha de clases.

El interés del proletariado está en derribar el actual sistema, lo mismo que el interés de la burguesía está en conservarlo. He ahí la razón de por qué nosotros llamamos la atención de los trabajadores hacia sus intereses de clase y tratamos de inculcarles un espíritu consciente de clase y de solidaridad. Lo que nosotros queremos realizar es para los trabajadores, y, por ello mismo, para toda la Humanidad.

El despojo de actas

Con motivo de haberles sido arrebatadas las actas de concejales a algunos compañeros de Madrid, Granada, Valladolid, etc., se han celebrado estos días mítines de protesta. Los más indignados por esta arbitrariedad escandalosa son precisamente aquellos compañeros que tienen más fe en la virtud mágica de los principios democráticos.

A nosotros, esto no nos extraña; este robo de actas es una consecuencia de la política astuta que sigue la burguesía. La burguesía tiene interés en que haya en el Parlamento, Ayuntamientos y Diputaciones elementos obreros que den la impresión de que en estos organismos tienen igual representación todas las clases sociales. Con estos engaños, la burguesía trata de fortalecer la democracia.

Pero cuando llegan elecciones en las que la

clase trabajadora da el triunfo a un número de representantes que a la burguesía no conviene, entonces ésta recurre a uno de los mil resortes que le ofrece el régimen capitalista, y... arrebatamos muy *democráticamente* el acta a algunos compañeros.

Estos casos nos afirman más en la creencia de que no se debe concebir grandes esperanzas en la labor socialista que se pueda desarrollar dentro de la democracia burguesa.

No debe olvidarse que la Liga de las Naciones no es en realidad ninguna Liga de los «pueblos», sino una Liga de las grandes Empresas capitalistas. Contra esta organización le levantan la clase obrera y las colonias explotadas que son «objeto de los cuidados» de los bandidos del gran capital.—BUJARIN.

La opinión de los jóvenes

Entre las numerosas cartas que hemos recibido alentándonos a proseguir en nuestra campaña en favor de la Tercera Internacional y en contra de sus enemigos, escogemos la siguiente, por ser la que mejor refleja la opinión de todas:

«Al Comité nacional de la Federación de Juventudes Socialistas de España.

Estimados camaradas: Ponemos en vuestro conocimiento que hemos leído con deleite el último número de *RENOVACIÓN*, en el cual ponéis en práctica la ruta que marca la Tercera Internacional, por lo que la Juventud Socialista madrileña os felicita, deseando continuéis la labor emprendida, por estar identificada con el espíritu que en ella se muestra.

Vuestros y de la Revolución social.
Por el Comité, G. SANZ, secretario.»

Los héroes de la Internacional de Berna

Ya he indicado en otro lugar una de las manifestaciones más salientes de la *débacle* de las ideas que se produjo entre los representantes de la antigua Internacional de Berna, caída en putrefacción. Esta *débacle* de los teorizantes del Socialismo revolucionario que no comprenden la dictadura del proletariado, se manifestó en la proposición que hicieron los socialdemócratas alemanes independientes de continuar el Parlamento burgués con el poder de los Consejos, de reunir, de asociar estos dos elementos.

Los teorizantes más eminentes de la antigua Internacional, Kautsky, Hilferding, Otto Bauer y compañía, no comprendieron que esta proposición tendía a combinar la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado. Los hombres que se han hecho un nombre y han adquirido la simpatía de los obreros predicando la lucha de clases explicando la necesidad absoluta de esta lucha, no comprendieron — en el momento decisivo de la lucha por el Socialismo — que renegaban completamente de la doctrina de la lucha de clases, se separaban de ella integralmente y pasaban, en efecto, al campo de la burguesía, tratando de combinar la dictadura de la burguesía con la del proletariado.

Esto parece increíble; pero el hecho es ése.

Por excepción muy rara, se ha logrado en Moscú, bien que ocasionalmente, recibir, no muy mal, periódicos extranjeros. Llega a ser, pues, posible, seguir de una manera un poco más detallada — no completamente, como es natural — la historia de las fluctuaciones de los señores «independientes», a propósito de la cuestión esencial, o sea la organización teórica y práctica de la cuestión contemporánea.

Se trata de la situación de la dictadura (*del proletariado*) en frente de la democracia (*burguesa*); dicho de otra manera, del poder de los Consejos en frente del parlamentarismo burgués.

En su folleto *La dictadura del proletariado* (Viena 1918), M. Kautsky escribía que «la organización de los Consejos constituía una de las más importantes manifestaciones de nuestro tiempo. Promete, dice, alcanzar una significación capital en el seno de las grandes luchas decisivas entre el capital y el trabajo, luchas hacia las cuales marchamos» (pág. 33 del folleto de Kautsky). Y añade que los bolcheviques han cometido una falta transformando «la organización de la lucha de una clase» en una «organización de Estado», porque aniquilan así la democracia.

En mi folleto *La Revolución proletaria y el renegado de Kautsky* (Petrogrado y Moscú, 1919), he examinado en detalle esta tesis y he probado que olvida completamente las bases fundamentales de la doctrina marxista del Estado. Porque el Estado (aun en la República más democrática) no es otra cosa que una máquina destinada a oprimir una clase, por medio de otra. Nombrar los Consejos (Soviets), la organización de lucha de una clase y rehusarles el derecho de transformarse en una organización de Estado, esto significa que se les separa de hecho del abecé del Socialismo, que se reconoce o defiende la inviolabilidad de la máquina burguesa para oprimir al proletariado (es decir, de la República democrática burguesa, del Estado burgués); esto significa indudablemente que se pasa al campo de la burguesía; ved los héroes de la Internacional de Berna.

Lo absurdo de la posición de Kautsky es tan evidente; la afluencia de las masas obreras exigiendo el poder de los Consejos es tan grande, que Kautsky y sus adherentes han debido retirarse vergonzosamente, porque no se hallaban en estado de reconocer honradamente su error.

El 9 de febrero de 1919, en el diario *Freiheit*, órgano de los socialdemócratas alemanes independientes (independientes del marxismo, pero absolutamente dependientes de la democracia de pequeña burguesía), apareció un artículo de M. Hilferding, que reclama ya la transformación de los Consejos en una organización del Estado, pero paralela al Parlamento burgués, paralela a la Asamblea nacional y ligada a ésta. El 11 de febrero de 1919, en un llamamiento al proletariado alemán, el partido «independiente» entero acepta esta solución (por consiguiente, también Kautsky, que tira por la borda las declaraciones que había hecho en otoño de 1919).

Esta tentativa de unir la dictadura de la burguesía a la del proletariado, significa una repu-

diación absoluta del marxismo y del Socialismo en general, el olvido de la experiencia que hicieron los mencheviques rusos y «los socialistas revolucionarios», los cuales intentaron del 6 de mayo al 25 de octubre de 1917 (viejo estilo), combinar los Consejos en tanto que «organización de Estado» con el estatismo burgués, experiencia en la cual fracasaron lamentablemente.

Desde la Asamblea del partido de los «independientes» (comienzo de marzo de 1919), el partido entero se colocó en este punto de vista, soberanamente prudente, de la unión de los Consejos y del parlamentarismo burgués. Pero el núm. 178 de la *Freiheit*, del 13 de abril de 1919, relata que en el segundo Congreso de los Consejos, la fracción de los «independientes» propuso la solución siguiente:

«El segundo Congreso se coloca sobre el terreno del sistema de los Consejos. Según esto, la organización política y económica de Alemania debe estar basada sobre la organización de los Consejos. Los Consejos de los diputados obreros serán los representantes autorizados de la población obrera en todos los dominios de la vida política y económica.»

Al mismo tiempo, la misma fracción presentó al Congreso un proyecto de «directivas», en el cual leemos:

«El Poder político por entero pertenece al Congreso de los Consejos. El derecho de voto en los Consejos o de elegibilidad pertenece, sin diferencia de sexos, a aquellos que producen un trabajo social necesario y útil sin explotar el trabajo de otro.»

Por consiguiente, vemos que los jefes de los «independientes» se mostraron miserables pequeños burgueses de la parte más reaccionaria del proletariado. En otoño de 1918 renuncian, por boca de Kautsky, a toda transformación de los Consejos en organizaciones de Estado. En marzo repudian este punto de vista, aproximándose a las masas obreras. En abril de 1919 destruyen la resolución de sus Congresos, adoptando plenamente el punto de vista de los comunistas: «Todo el Poder a los Consejos.»

Tales jefes no valen gran cosa. Para servir la opinión de la parte más reaccionaria del proletariado, que sigue a la retaguardia, en lugar de marchar a la vanguardia, no hay necesidad de jefes.

La debilidad con que cambian su resolución muestra el ningún valor de estos jefes. En el movimiento obrero, servirán siempre de lastre, serán grandes negativas.

Uno de los más «de izquierda» entre ellos, cierto señor Däumig, razonó como sigue en la Asamblea del Partido (véase *Freiheit* del 9 de marzo):

«...Däumig declara que nada le separa de la exigencia de los comunistas: «Todo el Poder a los Consejos de los diputados obreros.» Pero debe él levantarse contra la provocación a la revuelta, prácticamente realizada por el partido de los comunistas, y contra el bizantinismo que ejerce respecto de las masas en lugar de educarlas. No es el motín ni la destrucción lo que puede hacer avanzar las cosas...»

Los alemanes llaman motín a lo que los antiguos revolucionarios rusos llamaban hace cincuenta años «jaillissements», las explosiones, la preparación de pequeñas conspiraciones, atentados, rebeliones, etc.

Acusando a los comunistas de «provocación» al motín, M. Däumig, no prueba más que su bizantinismo, su bajo servilismo ante los prejuicios de la pequeña burguesía. La «torpeza» de este señor, que, por cobardía ante la masa, machaca la contraseña de repliegue «moderno» sin comprender el movimiento revolucionario de las masas, no vale un ochavo.

En Alemania, rueda la ola elemental de movimientos huelguistas. Después, vemos un aumento inaudito de la lucha proletaria, y su crecida sobrepasa, a lo que parece, la de Rusia en 1905, donde el movimiento huelguista alcanzó una altura desconocida hasta entonces. Hablar de «provocación» en vista de un movimiento semejante, muestra un insípido parlanchín, un lacayo de los prejuicios burgueses.

Los señores burgueses, con Däumig a la cabeza, sueñan probablemente con una revolución (si acaso su cerebro puede concebir la idea de una revolución) en la cual las masas se encuen-

tren de un golpe completamente organizadas.

Semejantes revoluciones no existen ni pueden existir. El capitalismo no sería el capitalismo, si no dominara a millones de obreros, la inmensa mayoría por la opresión, la miseria y la ignorancia; el capitalismo no puede ser abatido más que por una revolución que, en el curso de la lucha, subleve a las masas otras veces intactas. Las sublevaciones elementales son inevitables en el curso de la revolución. Todas las revoluciones las han conocido y ninguna revolución puede existir sin esto.

Que los comunistas aprueban la elementalidad, es una falsedad de M. Däumig, una falsedad parecida a la tantas veces proferida por los mencheviques y los socialistas revolucionarios.

Los comunistas no aprueban la elementalidad, no están por los levantamientos parciales. Los comunistas enseñan a las masas una conducta organizada, firme, unánime, oportuna, madura. Las calumnias burguesas de los Sres. Däumig, Kautsky y compañía, no pueden refutar este hecho.

Pero los burgueses son incapaces de comprender que los comunistas — con buen acuerdo — piensen que es su deber sostener a las masas de los oprimidos que luchan; son los héroes de la burguesía los que se mantienen en una cobarde expectativa. Cuando las masas luchan, es inevitable que cometan errores: los comunistas permanecen con las masas, reconociendo sus errores, esforzándose en repararlos, predicando las ventajas de la reflexión sobre la simplicidad. Es preferible estar con las masas, que en el curso de la lucha, corrigen poco a poco sus errores, a estar con los intelectuales los burgueses, los kautskyanos, que aguardan aparte la «victoria completa»; tal es la verdad que M. Däumig no tiene el don de conocer.

Es peor para ellos. La historia de la revolución mundial proletaria los tiene ya inmortalizados como cobardes drogueros, reaccionarios, fomentadores de miseria; eran ayer los criados de los partidarios de Scheidemann; hoy, predicando la «paz social»; poco importa que esta paz se esconda bajo la apariencia de la unión de la Constituyente con los Consejos, o bajo la apariencia de una condenación profunda de la «provocación».

Kautsky ha batido el *record* en el dominio de la sustitución del marxismo por la exaltación reaccionaria y pequeña burguesa de la miseria. No silba más que en un tono; llora sobre el pasado, se lamenta, se indigna, predica la reconciliación. Toda su vida, este caballero de la Triste Figura ha escrito sobre la lucha de clases y sobre el Socialismo; pero en cuanto la lucha de clases llegó a una crisis aguda, y se encontró en la trasnochada del Socialismo, nuestro sabio perdió la cabeza, se lamentó y se sintió un burgués, como todo el mundo. En el núm. 98 del diario de los vieneses traidores al Socialismo, de los Austertlitz, Renner, Bauer (*Arbeiter Zeitung* del 9 de abril de 1919, Viena, edición de la mañana), Kautsky resume por centésima, si no por milésima, vez sus lamentaciones:

«...Todas las clases — se lamenta — han descuidado el pensamiento económico, la comprensión económica.»

«...Esta grande guerra ha enseñado a las grandes capas del proletariado el desprecio de las condiciones económicas y la creencia en la fuerza, como todopoderosa.»

Aquí están los dos «pequeños puntos» de nuestro «gran sabio»: el «culto de la fuerza» y el hundimiento de la producción; en lugar de analizar a fondo las condiciones reales de la lucha de clases, se ha quedado en los gemidos anticuados y rutinarios. «Nosotros creemos, dice que la revolución sale de la lucha de clase proletaria...; pero la revolución llega de la banca, rrota del sistema existente, derivada de la guerra, en Rusia como en Alemania...»

En otros términos, este sabio «esperaba» una revolución pacífica. ¡Es maravilloso!

Pero Kautsky ha perdido la cabeza, hasta el punto de haber olvidado que, cuando era todavía marxista, escribía que la guerra provocaría, muy probablemente, una revolución. Entonces nuestro «teórico», en lugar de hacer un análisis sobrio y franco de las formas de revolución que

es preciso emplear a consecuencia de la guerra, nos sale con sus esperanzas frustradas.

«... el desprecio de las condiciones económicas entre numerosas capas del proletariado»

¡Qué miserable estupidez! ¡Reconocemos esta regañina burguesa, alquilada de los diarios mencheviques de la época de Kerensky!

El economista Kautsky ha olvidado que la «cuestión económica» más importante, fundamental, profunda, es la *salvación del obrero*, cuando el país ha sido arruinado por la guerra y conducido a dos pasos de su perdición. Si se logra impedir que muera de hambre la clase obrera; si se logra salvarla de la irremediable miseria, la producción destruida puede volver a reponerse. Pero, para salvar a la clase obrera, es preciso recurrir a la dictadura del proletariado, único medio posible para evitar que las cargas y las consecuencias de la guerra caigan sobre los obreros.

El economista Kautsky «ha olvidado» que la cuestión del reparto de las cargas de la derrota será decidida por medio de la *lucha de clases*, y que la lucha de clases modifica sus formas en el medio de un país completamente extenuado, hambriento y al borde de la ruina. No es una lucha de clase para la participación en la producción, para la gestión de la producción (porque la producción está detenida, los caminos de hierro están estropeados completamente, falta carbón, la guerra ha desviado a los hombres de su camino, las máquinas están deterioradas, etcétera), sino una lucha para *no morir de hambre*. Los locos solamente, aunque sean «sabios», excepcionales, pueden, en vista de tal situación, «condenar» el comunismo de «consumación», el comunismo «de los soldados», y hablar con énfasis a los obreros de la importancia de la producción.

Es preciso, en primer lugar y ante todo, salvar al obrero. La burguesía quiere conservar sus prerrogativas, quiere imponer al obrero todas las cargas de la guerra, lo que significa arruinar al obrero haciéndole morir de hambre.

La clase obrera no quiere tener hambre, y para lograr este fin, es preciso vencer a la burguesía, asegurar en primer lugar el consumo; de lo contrario, es imposible continuar arrojando una existencia miserable, de sostenerse hasta que se haya logrado restablecer la marcha de la producción.

«¡Piensa en la producción!», dice el burgués al obrero hambriento y debilitado, y Kautsky llega a ser por completo un lacayo de la burguesía, repitiendo estas antifonas de la burguesía bajo la forma de una llamada «doctrina económica».

Pero el trabajador replica: «Que la burguesía se contenta también con una semirración de hambre, a fin de que los obreros puedan sustentarse y no perezcan.» «El comunismo de consumo», tal es la condición primordial de la redención del obrero. ¡Es preciso no retroceder ante ningún sacrificio para salvar al obrero! Para salir del período del hambre y evitar la ruina, es preciso distribuir media libra a los capitalistas, una libra al obrero. El consumo del obrero es la base y la primera condición para el restablecimiento de la producción.

Así Zetkin pudo decir a Kautsky... *que resbalaba hacia la economía burguesa. La producción es para el hombre, y no el hombre para la producción.*

El independiente Kautsky se mostró igualmente dependiente de los prejuicios de pequeña burguesía, deplorando el «culto de la fuerza».

Cuando los bolcheviques previeron en 1914 que la guerra imperialista conduciría a la guerra civil, Kautsky se calló, con el partido de David y compañía, que declaraban que esta profecía era una «locura». Kautsky no comprendía la imposibilidad de evitar la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, y hace pesar ahora su incompreensión de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. ¿No es esto un modelo de la reaccionaria estupidez burguesa?

Si en 1914 no era más que estupidez burguesa no comprender que la guerra imperialista conduciría a la guerra civil, en 1919 es algo peor: es la traición a la clase obrera. Porque la guerra civil es un *hecho*, tanto en Rusia, en Finlandia, en Letonia, como en Alemania y Hungría. Centenares de veces, en sus obras, Kautsky ha reconocido que hay «en la Historia períodos en que la lucha de clases degenera en guerra civil». Este período es el actual, y Kautsky pasa al campo de la pequeña burguesía, vacilante y cobarde.

«El espíritu que anima a Espartaco es, en realidad, el espíritu de Ludendorff... Espartaco realiza, no solamente la ruina de su obra, sino que es el refuerzo de la política de violencia por parte de los socialistas mayoritarios. Noske es el antípoda de Espartaco.»

Estas palabras de Kautsky (artículo de la *Arbeiter Zeitung*) son tan infinitamente imbéciles, vulgares y viles, que es suficiente señalarlas con el dedo para estigmatizarlas. Un partido que tolera tales jefes es un partido podrido. La Internacional de Berna, a la cual pertenece Kautsky, debemos juzgarla según su mérito, ateniéndonos a las palabras de Kautsky, diciendo que es la Internacional amarilla.

**

Como curiosidad, citaré todavía una observación de M. Haase en su artículo sobre «La Internacional de Amsterdam (*Freiheit* del 4 de mayo de 1919). M. Haase se jacta de haber propuesto una solución para la cuestión colonial, en virtud de la cual, «una Sociedad de naciones organizada según una moción de la Internacional... toma la tarea hasta la realización del Socialismo...» (¡Paladead!) «Las colonias serán, en primer lugar, administradas en interés de los indígenas; después en interés de todos los pueblos que formen parte de la Sociedad de naciones...»

Una joya, ¿verdad? Hasta la realización del Socialismo, las colonias, conforme a la resolución de este linco, no serán administradas por la burguesía, sino por cualquier «Sociedad de naciones», buena, justa y dulce como el azúcar. ¿En qué se diferencia esto prácticamente del disfraz de la más abominable hipocresía capitalista?

¡Y tales son los miembros «de izquierda» de la Internacional de Berna!

**

A fin de que el lector pueda darse cuenta mejor de toda la estupidez, vileza y vulgaridad de las patochadas de Haase, Kautsky y compañía, y hacer la comparación con lo que existe realmente en Alemania, haré todavía una pequeña cita.

El tan conocido capitalista Walter Rattenau publicó un opúsculo intitulado *El nuevo Estado*. Este opúsculo lleva la fecha del 24 de marzo de 1910. Su valor teórico es nulo. Pero, como observador, se ve forzado a reconocer lo que sigue:

«... Nosotros, el pueblo de los poetas y de los pensadores, somos también un pueblo de burgueses.»

«... El idealismo no existe más que en los monárquicos extremistas y en los espartacos.»

«... La verdad, sin tapujos, es que nos acercamos a una dictadura proletaria o pretoriana.» (Páginas 29, 52 y 65.)

Este burgués cree, probablemente, que es tan «independiente» de la burguesía, como los señores Kautsky y Haase se creen «independientes» de la burguesía de visiones estrechas y limitadas.

Pero Walter Rattenau sobrepasa en muchos codos a Karl Kautsky, porque el segundo se lamenta rehuendo cobardemente «la verdad sin careta», mientras que el primero la reconoce abiertamente.

N. LENIN.

Un Congreso antimilitarista

El movimiento antimilitarista toma una extraordinaria importancia en todos los países. En Francia, Italia y otras naciones se han constituido asociaciones de ex combatientes. Estos, con la experiencia adquirida sobre los horrores y brutalidades de la guerra, hacen una intensa campaña en contra del militarismo.

En Francia, el grupo «Clarté», dirigido por Barbusse, Vaillant Couturier y Raymond Lefebvre, actúa principalmente en un sentido antimilitarista y antiguerrero.

Para este verano se ha organizado un Congreso antimilitarista internacional, que se celebrará en La Haya. Acudirán representantes de Austria, Bélgica, Francia, Bulgaria, Dinamarca, Holanda, Inglaterra, Alemania, Italia, Noruega, Suecia, Suiza y los Estados Unidos.

Se han recibido ya algunas proposiciones de diferentes países. Hay una acerca de la necesidad de crear para los antimilitaristas un sistema social cooperativo; otra sobre la publicación de un periódico internacional antimilitarista y sobre la fundación de un fondo internacional para auxiliar a las víctimas del militarismo.

Hasta ahora sólo se conocen los nombres de los representantes holandeses. Son éstos, nuestra compañera H. Roland Holts, secretaria del Bureau de la Tercera Internacional; A. Bakels, B. de Ligt, Schermerhorn, Clara Wichmann.

Este Congreso ha de producir una gran sensación. Es lástima que entre las naciones adheridas no figure el nombre de España, y que el Partido Socialista español, por ignorancia de sus jefes, no se haya adherido. Pero como es necesario que a este Congreso asista delegación española, nosotros tenemos casi la seguridad que ésta no faltará.

Fritz Platten, detenido

Nuestro querido compañero suizo Fritz Platten ha sido detenido por las autoridades lituanas. Se dirigía en aeroplano desde Rusia a Suecia, en compañía de otro compañero ruso, cuando, a consecuencia de una avería del motor, tuvo que aterrizar en Lituania. Entonces las autoridades le detuvieron.

No es el primer accidente que le ha sucedido a Platten en sus viajes de propaganda. Hace poco menos de un año cayó con su aeroplano en territorio austriaco, y fué detenido por las autoridades, las cuales le tuvieron preso en un castillo y sometido a un trato infame. Los bolcheviques consiguieron su libertad.

Platten logró llevar el Partido suizo a la Tercera Internacional, por medio de un «golpe de Estado». También cooperó a que Lenin atravesara Alemania para ponerse al frente de la Revolución rusa.

Representó al Partido suizo en el Congreso de la Tercera Internacional, y es uno de los comunistas de más valor. Esperamos que será nuevamente libertado y que, reintegrado otra vez a Rusia, continuará laborando por aquella admirable República comunista.

La ley y el progreso individual

La necesidad de la protección legal está en razón inversa del desarrollo mental de los individuos a quienes se concede, y va haciéndose cada día menor, a medida que semejante desarrollo avanza, como la tutela se va haciendo tanto más innecesaria cuanto más va acercándose el pupilo a la mayor edad y cuanto más se capacita para regir por sí mismo su vida, sin necesidad de coacción ajena. Para cierto número de individuos, naturalezas bien escogidas y superiores, podríamos decir, las leyes huelgan, y aun cuando éstas no existieran, ellos seguirían haciendo su vida ordinaria de un modo imperturbable, con tal de que los otros no les molestasen. La generalidad de ellos obra también, la mayor parte de las veces, como si no hubiera leyes. Y hay varias de éstas, como las penales, que sólo sirven para una porción exigua de ciudadanos, pues los demás no necesitan para obrar bien representarse la amenaza de un castigo. Tanto menos infringe uno, ni siente tentaciones de infringir la ley (en el supuesto de que la estime justa), cuanto más convencido está de que esa infracción ha de perjudicarlo a él más que a nadie. Tanto menos inclinado se siente a hacer el mal ajeno, o rehusa hacer bien al prójimo, cuanto con mayor claridad ve que el mal que haga o el bien que deje de hacer han de venir a refluir sobre él mismo. De lo cual se infiere que el medio mejor de abolir las leyes, y consiguiéntemente los males que originan, es volverlas innecesarias, haciéndose digno el hombre de vivir sin ellas, cumpliendo de buen grado las obligaciones que de un modo coactivo le impone ahora el legislador y persiguiendo voluntariamente la cohesión social.

El único procedimiento seguro para conseguirlo es llevar al ánimo de los sujetos la convicción de que les es más útil buscar el bienestar de todos que el suyo privativo y de que los favores que al prójimo se hacen no tienen el carácter de mercedes gratuitas, sino el de servicios cuya recompensa se obtiene más o menos tarde y de cuyos beneficios todos participamos; no son obras meramente benéficas, caritativas, humanitarias; antes bien, son obras de estricta justicia. Y nada más a propósito para engendrar esta convicción que la educación y la cultura realistas.

P. DORADO MONTERO

Imprenta de Fortanet, Libertad 29.—MADRID

Trabajadores:

La creación del Partido Comunista en España es ya un hecho real. Al llamamiento que los revolucionarios rusos han hecho a todo el proletariado consciente por medio de la Tercera Internacional, se ha respondido en nuestro país por los elementos más sanos del proletariado militante.

Los trabajadores alicantinos no podíamos permanecer insensibles ante este gran hecho y unos cuantos jóvenes llenos de idealidad nos hemos constituido en comisión organizadora de la Agrupación Comunista en Alicante.

Considerándolo como nuestro primer deber, convocamos a todos los que estén identificados con el Manifiesto-programa del Partido Comunista Español y quieran formar parte del organismo que le representa en lo local, a una reunión que se celebrará en la Casa del Pueblo el miércoles 12 del actual, a las ocho y media de la noche con el fin de recibir adhesiones y proceder a la constitución de la Agrupación Comunista.

Alicante 10 de Mayo de 1920.

Por la Comisión organizadora:

Rafael Millá.---F. Castelló.